

ABRAHAM VALDELOMAR

LA CIUDAD MUERTA



COOLTURA

A Don Juan Bautista de Lavalle, enamorado de las glorias viejas, intérprete de los lienzos antiguos, admirador religioso de todo lo que el tiempo ha deshojado y ha tornado triste y marchito, dedico estas páginas escritas sobre una ciudad de ruinas. Sea bondadoso con ellas.

A. V.

Le passé c'est un second coeur qui bat en nous...

Il bat. Quand le silence en nous se fait plus fort,

cette pulsation mystérieuse est là

qui continue... et quand en rêve il bat encor,

et quand en souffre il bat, et quand en aime il, bat

toujours... C'est un prolongement de notre vie...

Henry Bataille

I

En el Ática, sobre el mar de Río de Janeiro,
Brasil, febrero 12 de 1911.

Adorable Francy:

Todavía me arrepiento de haber dejado bajar a tierra a ese hombre, pero le echo la culpa a la luna. Es ella la cómplice de todos los crímenes y, en muchos casos, la instigadora. Está usted segura, mi adorable Francinette, que cuando ella tiene esas notas de luz casi verdes como si se copiara a través de una falsa esmeralda, algo extraño está pasando sobre la tierra. Yo soy médico y he podido observar el efecto de esas nubes de luna en esos enfermos de locura y en los alucinados, en los criminales, en los neuróticos, en los artistas. En los artistas sobre todo.

La luna de Pierrot es una luna blanca y redonda, vulgar y buena, pero Pierrot no mata. La luna de Salomé, la luna bíblica, es misteriosamente bella y bajo su luz pecadora besa los labios ensangrentados de Jokanahan.

A veces creo, encantadora amiga, que la luna que brillaba sobre C“ ” no era la luna que iluminó los caminos del Señor, ni la que bañó de plata los trigales del Egipto, ni la que se copiaba en el lago cuando se forjó la leyenda sublime del Imperio del Sol. Esa luna ha debió ser la luna de Venecia de los Dux, la que alumbró a los fundadores de Inglaterra, la que dio su color a Catalina II y guía hacia el amor el barco nacarado de Marco Antonio. Cómo me vienen a la memoria los versos de este admirable espíritu:

*Dime oh reina de la noche si en tu lánguido semblante
palideces hoy de vicios o blancuras de inocencia.*

Si usted —¿se acuerda?— en el saloncito del Continental, cuando estábamos de novios, no me hubiera contado el motivo de su viaje a América, yo me habría casado, amiga mía, porque

la amaba entrañablemente, la amo aún. Mi amor, Francy, ha salido de una tonalidad infinita y única. ¿Por qué me lo dijo usted en vísperas de casarnos, cuando hacía ya quince meses que nos conocíamos? Después de aquella noche no debíamos vernos más. Entre nosotros se elevaba sombría, siniestra la figura de Henri. Y usted que ignoraba, que ignora todavía la hora negra.

Es necesario que conozca esta horrible verdad para que disculpe mi conducta que a no escribirle esta carta no sería la de un caballero y crea usted Francinette, que lo he sido y lo seré siempre. Aquella noche —¿se acuerda?—, la luna estaba casi verde también. Usted quiso hacerme una confidencia a la que tenía derecho porque debíamos casarnos ocho días más tarde y empezó a contarme cómo había usted conocido a Henri desde niño, cómo habían crecido casi juntos y cómo, antes de casarse, Henri pensó en su viaje a América rentado por su editor después de su novela *Misterio* y cómo al volver a Francia debían ustedes casarse y pasar la temporada en Ostende.

Luego se ensombreció su rostro y dolorida me dijo usted que Henri no volvió nunca a Francia, que su última carta la recibió usted fechada en C“ ”, donde yo viví tanto tiempo, sin saberlo usted, y que abandoné para radicarme en M“ ” donde nos conocimos. Es, concluyó usted, el motivo de mi viaje; pero estoy segura que yo no encontraré jamás a Henri en el mundo, lo he perdido para siempre. Después —no me olvidaré nunca— nos despedimos. Eran más de las once y yo tomé el barco aquella misma noche para viajar siempre, viajar eternamente, lejos de la paz de las poblaciones que me recuerdan a Henri y de los puertos encantadores que me la evocan a usted, Francinette.

Ahora le escribo desde la alta mar que baña Río de Janeiro. Pronto llegaremos al puerto donde dejaré esta carta. ¿Llegará? No llegará. Por lo menos yo le habré escrito. Ahora haga ánimo y escuche mi relato.

